

piezas á la plaza del ayuntamiento. El audaz Barras fué nombrado en su lugar comandante general de la guardia nacional y de todas las fuerzas de la Convencion. Le dieron para que le auxiliasen á Freron, Leonardo Bourdon, Legendre, Goupilleau de Fontenay y á Bourdon de l'Oise, hombres todos de resolucion. Se nombraron doce comisionados para que fuesen á fraternizar con las secciones, ilustrar el espíritu público y reunir la guardia nacional á la Convencion. Las columnas de los seccionarios que marchaban hácia la casa de ayuntamiento se desbandaron. Sus pelotones se dispersaron al impulso contrario de los agentes de la municipalidad ó de los comisionados de la Convencion. Unos prosiguieron su camino hácia la plaza de Greve, los otros fueron á formarse en batalla bajo el mando de Barras alrededor de las Tullerías. El pueblo, atraído en sentido opuesto y cansado ya de convulsiones, oyó alternativamente las proclamas de la municipalidad y los decretos de la Convencion que declaraban fuera de la ley. No sabía de qué lado estaba la justicia, vaciló, y se detuvo indeciso.

V

La noche envolvía ya con sus sombras las reuniones, que iban disminuyendo en los alrededores de la casa de la ciudad, y aumentaban alrededor de las Tullerías. Barras y los diputados militares que le acompañaban recorrían á caballo, á la luz de hachas de viento, los barrios del centro de Paris, llamando en alta voz á los ciudadanos para que auxiliasen á la Representacion contra una horda de faciosos. Un ejército, ó por mejor decir, un puñado de hombres decididos, compuesto de ciudadanos de todas las secciones, de gendarmes y algunos artilleros tráfugas de Henriot, formó en número de mil ochocientos hombres alrededor de la Convencion. Barras podía engrosar este número ántes de que amaneciese; pero conocía el valor del tiempo y el poder de la audacia. Improvisó con sangre fría un plan de operaciones que puso en práctica con prontitud; hizo rodear con astucia la casa de ayuntamiento por algunos destacamentos que se deslizaron por medio de calles excusadas, cortando de esta suerte los refuerzos y la retirada á los insurgentes. El mismo marchó lentamente, llevando los cañones á vanguardia, por los diques sobre la casa de ayuntamiento. Leonardo Bourdon siguió con otra columna por las calles estrechas y paralelas al dique, avanzando del mismo modo para desembocar por otro lado á la extremidad de la plaza de Greve. A medida que Barras y Bourdon avanzaban hácia el foco de la insurreccion, parecia que disminuía el murmullo del pueblo alrededor de la casa de ayuntamiento. El tumulto se calmó á medida que se acercaban. La noche combatía en su favor. Asegurado Barras por la soledad de los diques, mandó hacer alto á las cabezas de columna, y fué á galope á la Convencion. Entró en la sala, subió á la tribuna, y su continente marcial, sus armas y sus palabras restituyeron la confianza en los ánimos. Tranquila la Convencion, Barras volvió á montar á caballo á las voces de *¡Viva la república! ¡Viva el salvador de la Convencion!* Freron y sus ayudantes de campo le siguieron en la tribuna, y dieron cuenta del estado de Paris por el lado del Campo de Marte. «Hemos cortado la marcha á los alumnos de la patria, que el traidor Lebas se habia encargado de sublevar en favor de Robespierre,—dijo Freron;—hemos enviado algunos artilleros patriotas para que recorran las filas de sus

camaradas extraviados en la plaza del ayuntamiento, y traerlos á su deber. Ahora vamos á marchar á intimar á los revoltosos que si rehusan entregarnos á los traidores, los enterraremos en las ruinas de aquel edificio.»

Tallien ocupó la silla del presidente. «¡Partid,—dijo con enérgica voz á Freron y á sus colegas,—partid, y que el sol no salga ántes que hayan caido las cabezas de los conspiradores!»



Robespierre depositado en el salon de espera de la Convencion.—Pág. 492.

Sin embargo, Robespierre persistía en el ayuntamiento en la impasibilidad que se habia impuesto; tenia más bien trazas de estar en rehenes, que de ser jefe de la insurreccion. Coffinhal, Fleuriot y Payan sostenian solos la energía del Consejo y la adhesion del pueblo. Ninguno de ellos tenia la suficiente popularidad para dar su nombre á un movimiento tan grande. Robespierre les rehusaba el suyo; de suerte que se vieron en la precision de violentarle para salvarle y salvarse con él. «¡Oh! ¡Si yo fuese Robespierre!»—le dijo Coffinhal. Al salir de la prefectura de policia para ir á la casa de ayuntamiento, Robespierre no cesó de repetir á la diputacion que le acompañaba: «¡Vosotros me perdeis, y os perdeis á vosotros mismos! ¡Vosotros perdeis á la república!» Desde que llegó al Consejo municipal,

afectó permanecer indiferente á los movimientos que se agitaban á su alrededor. Saint-Just y Couthon le suplicaron que cediese á la voz del pueblo, que con sus gritos le confería la dictadura, y que ejerciese el poder por una noche, para abdicarlo al día siguiente en la Convencion ya depurada. «El pueblo—le decia Couthon—sólo espera una palabra de tí para destruir á los tiranos y á tus enemigos. Dirígele al ménos una proclama que le indique lo que ha de hacer.» «¿En nombre de quién?»—preguntó Robespierre. «En nombre de la Convencion oprimida»,—respondió Saint-Just. «Acuérdate del dicho de Sertorio,—añadió Couthon:

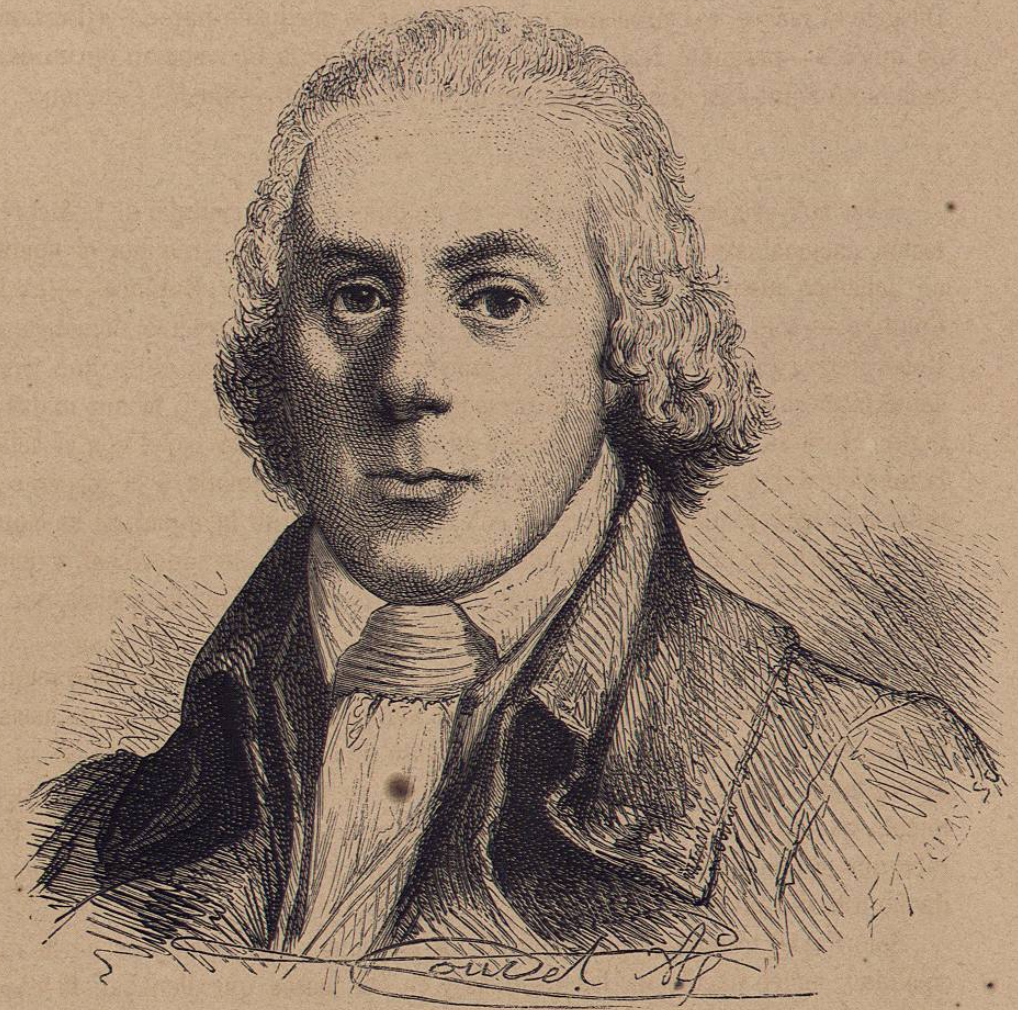
¡Roma no está ya en Roma, está donde yo estoy!»

«No, no,—replicó Robespierre;—yo no quiero dar el ejemplo de la Representacion nacional avasallada por un ciudadano; nada somos sino por el pueblo, y no debemos sustituir nuestra voluntad á sus derechos.» «¿Entónces,—exclamó Couthon,—sólo nos resta morir!» «Tú lo has dicho»,—replicó flemáticamente Robespierre, que parecia resuelto á sacrificarse como víctima ántes que triunfar como faccioso, reclinándose en la mesa del Consejo. «Pues bien, tú nos matas»,—le dijo Saint-Just. Robespierre tenia á la vista un pliego de papel con el sello de la municipalidad de Paris. Aquel papel contenia una llamada á la insurreccion, redactada apresuradamente por sus colegas; habia escrito la mitad de su nombre al fin de la hoja; pero detenido por sus escrúpulos y por su indecision, y dejando sin concluir su firma, rechazó el papel, tirando la pluma. Aquella accion, que perdía á sus amigos, no le degradó en su concepto.

Couthon se reprendía á sí mismo el no elevarse hasta aquella abnegacion del patriotismo; Lebas, hombre de accion, se sentia encadenado por el entusiasmo; Robespierre el jóven buscaba el cumplimiento de su deber en los ojos de su hermano; Saint-Just, con respetuoso silencio, no se atrevia á combatir un pensamiento que creia superior al suyo, si no por el genio, al ménos en virtud. Esperaba que el oráculo se pronunciase por la voz del pueblo, dispuesto á seguir á su dueño á la dictadura ó á la muerte.

Sólo Payan trataba de mantener en los noventa y dos miembros de la municipalidad, en el pueblo de las tribunas y en las masas que llenaban la casa de ayuntamiento, la constancia y el ardor de la insurreccion. Creia inflamar á los cómplices de la municipalidad por la indignacion, y quitarles todo refugio que no fuese la victoria, leyéndoles los decretos que ponian fuera de la ley, y que acababa de dictar la Convencion, añadiendo artificiosamente á aquella lista los espectadores de las tribunas, esperando, de este modo confundir al pueblo y á la municipalidad en la misma suerte. Aquella astucia de Payan, que todo lo podia salvar, lo perdió todo. Apénas habia leído el falso decreto, cuando la multitud que ocupaba las tribunas se evadió, como si hubiera visto brillar la cuchilla de la Convencion en su decreto. Las tribunas arrastraron en su fuga á las masas de seccionarios, cansados ya de un movimiento que se volvia al cabo de siete horas contra sí mismo. La mayor parte de la noche se pasó en aquellas oscilaciones. Las dos sonaron en el reloj de la municipalidad.

Al mismo tiempo la tropa de Leonardo Bourdon, que se habia deslizado en silencio por las calles laterales al muelle, hacía alto ántes de desembocar en la plaza de Greve, al grito de *¡Viva la Convencion!* En vano Henriot, con sable en



BARRAS.

mano y galopando como un insensato en medio del gentío que atropellaba, respondió á aquel grito con el de *¡Viva la municipalidad!* El desprecio universal por aquel jefe, el desorden de sus movimientos, la descompostura de sus ademanes, su aspecto de embriaguez, las calles cortadas y la aproximación de las columnas, esparcieron el desaliento en las filas de los seccionarios. Los artilleros cubrieron de silbidos á su estúpido general, volvieron las bocas de sus piezas contra la casa de ayuntamiento, é hicieron resonar en las plazas y en los malecones un inmenso grito de *¡Viva la Convencion!*, dispersándose en seguida.

La columna de Barras se detuvo á aquel grito para dejar evacuar la plaza. En pocos minutos todo se desvaneció ó se unió á los batallones de la Convencion.

Un profundo silencio reinaba en las puertas del ayuntamiento. Leonardo Bourdon temió un lazo en aquella inmovilidad, creyendo que los insurgentes, fortificados en las salas, querían batir á las columnas y enterrarse en las ruinas de la casa. Un mutuo terror dejó por mucho tiempo desocupada la plaza de Greve, y separados los sitiados y los sitiadores. En fin, Dulac, agente resuelto del comité de seguridad general, puesto á la cabeza de veinticinco zapadores y de algunos granaderos, atravesó la plaza, derribó las puertas á hachazos, y subió la escalera calando bayoneta.

Al estruendo de los pasos, Lebas, armado con dos pistolas, ofreció una á Robespierre, pidiéndole que se diese la muerte. Robespierre, Saint-Just y Couthon rehusaron suicidarse, prefiriendo morir á manos de sus enemigos. Sentados impasiblemente alrededor de una mesa en la sala de la Igualdad, escucharon el ruido de los que subían, miraron á la puerta y esperaron su suerte.

Al primer culatazo que oyeron en las escaleras, Lebas se tiró un pistoletazo en el corazón, cayendo muerto en brazos de Robespierre el joven. Este, aunque seguro de su inocencia y de su absolución, no quiso sobrevivir á su hermano ni á su amigo. Abrió una ventana y se precipitó por ella, rompiéndose una pierna en la caída. Coffinhal, haciendo resonar con sus pasos y sus imprecaciones las salas y galerías, encontró á Henriot aturdido por el miedo y por la embriaguez, le echó en cara su glotonería y su falta de valor, y asiéndole en sus brazos, le llevó hacia una ventana abierta, arrojándole desde el segundo piso sobre un montón de inmundicias. «¡Vé, miserable borracho,—le dijo al arrojarlo,—no eres digno del cadalso!»

Entre tanto Dulac, tranquilo por el estado de la casa de ayuntamiento, había enviado á uno de sus granaderos para advertir á la columna de Bourdon del libre acceso del interior de la casa.

Leonardo Bourdon formó su tropa en batalla delante del peristilo y subió acompañado de cinco gendarmes y alguna tropa; se precipitó con Dulac y los que le seguían en la sala de la Igualdad. La puerta cedió á los culatazos de los granaderos. «¡Muera el tirano!» «¡Quién es el tirano?»—preguntaron los soldados. Leonardo Bourdon no se atrevió á resistir las miradas de su desarmado enemigo. Situado detrás del peloton, y cubriéndose con el cuerpo de un gendarme llamado Meda, tomó con la mano derecha el brazo del gendarme que tenía una pistola, y señalando con la izquierda al que debía apuntar, dirigió el arma contra Robespierre, diciendo al gendarme: «¡Ese es!» Sale el tiro y cae Robespierre sobre la mesa, manchando con su sangre la proclama que no había acabado de firmar. La

bala le había atravesado el labio inferior y roto la encía. Couthon se quiso levantar, vaciló sobre sus piernas baldadas, y cayó debajo de la mesa. Saint-Just permaneció sentado é inmóvil, mirando tristemente á Robespierre, y con orgullo á sus enemigos.

Al estruendo de los tiros y de los gritos de *Viva la Convencion!* las columnas de Barras desembocaron en la plaza, escalaron la casa de ayuntamiento, cerrando todas las salidas, y apoderándose de Fleuriot, Payan, Duplay y de los ochenta miembros de la municipalidad, los ataron, preparándose á llevarlos en triunfo á la Convencion. Coffinhal consiguió escaparse á favor de la confusion general; derribó la puerta de una sala baja, refugiándose en el rio en un barco de lavanderas, de donde el hambre le hizo salir, descubriéndole al día siguiente.

Seguido Barras de la larga fila de presos, volvió á tomar con sus columnas el camino de la Convencion. Los primeros albores de la mañana empezaban á distinguirse. Robespierre, llevado por cuatro gendarmes en una camilla, y con la cara envuelta con un pañuelo lleno de sangre, abría la marcha. Los que llevaban á Couthon le habían dejado caer y rodar al suelo por desprecio en la esquina de la plaza de Greve. Tenia sus vestidos manchados y rotos, dejando desnuda parte de su cuerpo. Robespierre el jóven se desmayó, y le llevaban dos hombres del pueblo. El cadáver de Lebas iba cubierto con el tapete de una mesa manchado de sangre. Saint-Just, con las manos atadas por delante, la cabeza descubierta, los ojos bajos y recogido en la resignacion, y no en la venganza, seguia á pié.

A las cinco, la cabeza de la columna entró en las Tullerías. La Convencion esperaba el desenlace sin temerlo. Un estremecimiento tumultuoso anunció la proximidad de Barras y Freron. Charlier presidia. «El cobarde Robespierre está allí,—dijo señalando á la puerta.—¿Quereis que éntre?» «¡No no!»—respondieron los representantes, unos por horror y otros por compasion. «Presentar en la Convencion el cuerpo de un hombre cubierto con todos los crímenes,—exclamó Thuriot,—sería quitar á esta hermosa jornada el brillo que le conviene. El cadáver de un tirano no puede traer más que un contagio. El puesto que está señalado para Robespierre y sus cómplices es la plaza de la Revolucion.»

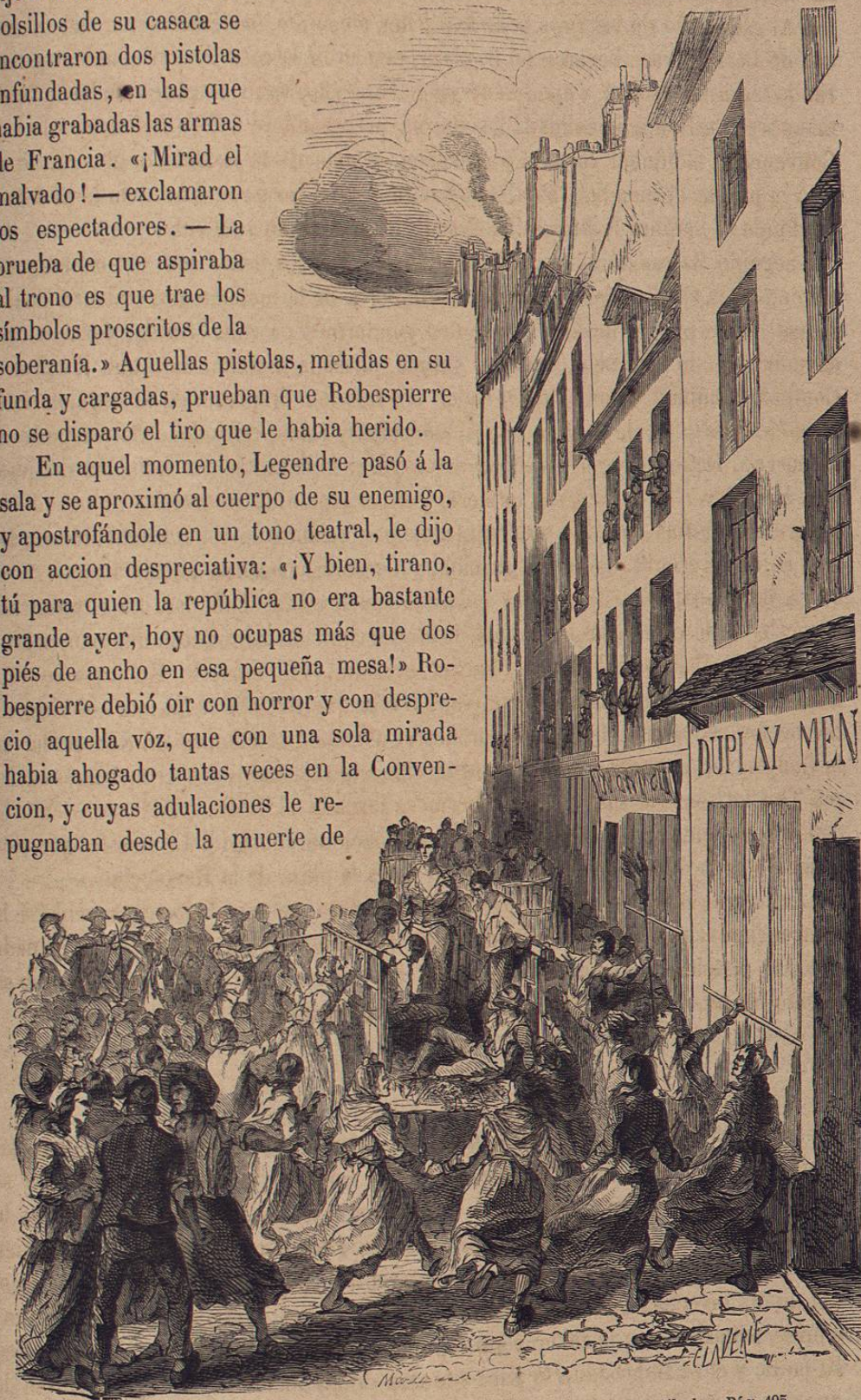
Leonardo Bourdon, ebrio por el triunfo, contó su expedicion y presentó á la Convencion el gendarme que había tirado á Robespierre. Legendre entró armado con dos pistolas, anunciando que había dispersado á los Jacobinos y cerrado él mismo las puertas de su sala, arrojando las llaves sobre la tribuna.

VI

Depositado Robespierre en el salon de espera, estaba tendido en una mesa, sirviéndole una silla vuelta de almohada. Un inmenso gentío entraba, salía y se renovaba continuamente para mirar desde lo alto de las banquetas al dueño de la república abatido. Algunos diputados, entre sus aduladores del día anterior, venian á asegurarse de que el tirano no se levantaria más. Nada le perdonaban en la agonía, ni las invectivas, ni las miradas, ni los desprecios. Los ujieres de la Convencion le señalaban con la mano á los espectadores como si fuese un animal feroz en su jaula, y él se fingió muerto para librarse de los insultos y de las invectivas de que era objeto. Un empleado del comité de salud pública, que se alegraba de la

caída de la tiranía, pero que compadecia al hombre, se acercó á Robespierre, le quitó una liga, le bajó la media, y poniendo la mano en la pierna, sintió las pulsaciones arteriales que revelaban su plenitud de vida. «Es necesario registrarle»,—dijo á la multitud. En los bolsillos de su casaca se encontraron dos pistolas enfundadas, en las que había grabadas las armas de Francia. «¡Mirad el malvado!—exclamaron los espectadores.—La prueba de que aspiraba al trono es que trae los símbolos proscritos de la soberanía.» Aquellas pistolas, metidas en su funda y cargadas, prueban que Robespierre no se disparó el tiro que le había herido.

En aquel momento, Legendre pasó á la sala y se aproximó al cuerpo de su enemigo, y apostrofándole en un tono teatral, le dijo con accion despreciativa: «¡Y bien, tirano, tú para quien la república no era bastante grande ayer, hoy no ocupas más que dos piés de ancho en esa pequeña mesa!» Robespierre debió oír con horror y con desprecio aquella voz, que con una sola mirada había ahogado tantas veces en la Convencion, y cuyas adulaciones le repugnaban desde la muerte de



Robespierre y los sentenciados de Thermidor conducidos al patíbulo.—Pág. 495.